

Consignas de nuestros días^(*)

I. *Consignas de otro tiempo.*

Sucedió el 17 de marzo del año 1865, fecha inolvidable, que nunca se borrará de la memoria de los católicos japoneses, ni se enfriará del rescoldo de afecto de su corazón.

Hacia pocos años habían intentado los misioneros católicos volver a Japón después de aquellos siglos en que fue triturada por la persecución la cristiandad fundada por San Francisco Javier. Era verdad que en los años de persecución había tenido aquella cristiandad muchos y admirables mártires. Pero ¿qué quedaría de ella después de dos siglos y medio de aislamiento total? Si algunos cristianos hubiesen acaso escapado del huracán de la persecución, ¿cómo habrían podido conservarse durante dos siglos y medio sin sacerdotes, sin sacramentos, sin ninguna comunicación con Roma ni con el mundo cristiano? Sin embargo en el corazón de algunos misioneros quedaba una vaga esperanza.

En 1844 el Padre Forcade, de las Misiones Extranjeras de París, había llegado al puerto de Naja (Okinawa), pero no se le permitió entrar en Japón. Cuatro años después del tratado de Kamagawa (1858) se permitió al Padre Girard levantar la primera capilla católica, que fue en Yokojama; al año siguiente, en 1863, el Padre Furet levantaba la primera capilla católica en Nagasaki. Pero no aparecían por ningún lado los rastros de la antigua cristiandad, que había fundado Javier. Los misioneros habrían de empezar de nuevo la evangelización desde los cimientos.

Cuando he aquí que un día, el que antes hemos calificado como fecha inolvidable, el 17 de marzo de 1865, el Padre Petitjean, de las Misiones Extranjeras de París, se hallaba rezando el breviario en el pórtico de la capillita recién instalada en Nagasaki. De pronto un grupo de campesinas se le acercó y le preguntó: *¿Dónde está la imagen de Nuestra Señora la Virgen María?*

Estupefacto el misionero ante esta pregunta inesperada, les preguntó a su vez: *¿Acaso sois vosotras cristianas? ¿No queda ningún cristiano antiguo entre vosotros? ¿No sabéis que aquí en estos montes fueron inmolados muchos japoneses, mártires de Cristo?*

(*) Conferencia pronunciada el 15 de mayo de 1965 en el salón de O.E.P.

Pero las campesinas no respondieron. Sólo repetían: *Enséñanos la Virgen María*. Entonces el Padre las llevó al altar de su capillita donde estaba la imagen. Al verla se arrodillaron y empezaron a rezar: *Dios te salve, María, llena de gracia...*

Al insistir el misionero, preguntándoles si eran cristianas, se contentaron con sonreír y con decirle: *Tenemos el mismo corazón que tú. Sayóonara (adiós)*.

A poco llegó otro grupo de campesinas que volvió a suscitar la curiosidad del misionero. Pero tampoco le contestaron si eran cristianas, sino que le dieron la misma respuesta.

Por fin, a la tercera vez que vinieron, el Padre instó para que contestaran si eran o no cristianas.

Entonces las campesinas le hicieron tres preguntas, para conocer si aquel extranjero era el misionero de la misma fe que ellas, que a través de sus antepasados, habían recibido de Javier.

La primera pregunta fue: *¿Quién os envía a vosotros? ¿Venís enviados por vuestro gobierno?* — No. El Vicario de Jesucristo, que manda sobre todos nosotros, es quien nos envía. — *¡Ah, es el jefe de la Gran Doctrina! Nuestros padres nos han hablado de él, que reside en Roma...*

Prosiguieron con la segunda pregunta: *¿Adoráis a la Virgen María como a Dios?* — No: la veneramos como a Madre de Dios. — *Es que hay otros Padres*, repusieron las mujeres refiriéndose a los protestantes que habían llegado al Japón diciéndose continuadores de San Francisco Javier, *que no aman a la Virgen: son los que están en Yokojama*.

Finalmente las campesinas le dirigieron la tercera pregunta: la virginidad de los misioneros. Dijeron al P. Petitjean: *Enséñanos a tus hijos para que les acariciemos*. — Los sacerdotes católicos no tenemos familia: nuestros únicos hijos son los cristianos.

Fue la señal decisiva. Al oírlo, cayeron de rodillas todas ellas. Con las manos juntas y la sonrisa en los labios, según refiere el P. Domenzain, dijéronle todas a una: *¡Padre, somos cristianas! Eran las tres señales que nos habían dejado nuestros antepasados para conocerlos: el amor a la Virgen, la obediencia al Papa y vuestra virginidad*. (MOISES DOMENZAIN. S. I.: *El Japón. Su evolución, su cultura, religiones*. Bilbao, 1942, cap. XVIII, página 242). De aquellos pueblecitos que cerca de Nagasaki se extienden por el valle de Urakami, fueron saliendo hasta doce mil cristianos: eran los descendientes de los antiguos mártires que dieron su sangre trescientos años antes por Jesucristo, en aquellas mismas regiones.

Es posible que después de referir esta anécdota, me diga alguien: es hermosísima, pero ¿qué tiene que ver con nosotros? ¿Por qué nos la ha contado?

Creo que tiene mucho que ver con nosotros: así como después de la persecución que asoló la cristiandad de Japón, los cristianos estaban en posesión de una triple consigna para poder reconocer por ella a los portadores de la verdadera fe y no equivocarse con-

fundiéndolos con otros, también en nuestro siglo hemos padecido — estamos padeciendo —, una terrible persecución de naturalismo, de materialismo, persecución que con frecuencia ha sido incruenta, pero no por ello menos destructora sino más: porque es más solapada y engañosa. Por ello necesitamos también urgentemente unas consignas que nos permitan reconocernos unos a otros, a cuantos deseamos «sentir con la Iglesia», tomar una dirección acertada entre tantos criterios opuestos y doctrinas erradas como en nuestros días vamos oyendo y sufrimos.

Podrá uno seguir preguntando: ¿es realmente así, que hay esta desorientación que usted denuncia? ¿No será una apreciación exagerada de algunos?

Para dar contestación a esta pregunta y demostrar que no es una apreciación exagerada de algún particular, decir que en nuestro siglo estamos padeciendo los embates de una monstruosa persecución de falsas doctrinas que se presentan bajo capa de bien, sino que por desgracia es una realidad, podría seguir varios procedimientos; fundamentalmente dos: el primero de ellos sería más laborioso, y consistiría en ir recorriendo los muchos casos de perversión doctrinal, que se manifiestan en quienes por otra parte profesan que quieren ser católicos; el segundo procedimiento es más breve, y para nosotros tiene valor decisivo: consistirá en citar algunos testimonios de los Sumos Pontífices de este siglo en que nos han puesto en guardia contra estos insidiosos errores. Entre otros, tres Papas han señalado esta persecución, de un modo especial. Son estos Papas a que me refiero, San Pío X, con su Encíclica *Pascendi*, de 1907, cuando se iniciaba este movimiento solapado, que recibió el nombre de «modernismo»; Pío XII, con su Encíclica *Humani Generis*, de 1950, cuando denunció el movimiento llamado *de la teología nueva*, que en realidad no era más que una forma mitigada, más sutil, de la misma inspiración modernista; por último, Paulo VI, con su Encíclica *Ecclesiam suam*, de 1963, que ha manifestado que el modernismo no ha muerto, sino que prosigue insidiosamente engañando y persiguiendo a la Iglesia de Jesucristo.

No es posible recorrer durante una conferencia todo el riquísimo contenido doctrinal de estos documentos. Nos es preciso limitarnos a algunas consignas, escoger algunos enunciados. Repito, pues, para que nadie imagine que vamos a hacer aquí una recensión exhaustiva de «slogans» equivocados que hoy se oyen, y cuya contrapartida está consignada en las palabras de los Papas: sólo escogemos algunos para oponerles las consignas, que por lo mismo que hoy son más combatidas, son más necesarias y más urgentes.

II. *La obediencia al Papa y al magisterio de la Iglesia.*

Ubi Petrus, ibi Ecclesia. Donde esté Pedro, allí está la Iglesia. Así como para los católicos japoneses, supervivientes de una perse-

cución iniciada trescientos años antes, fue la obediencia al Papa una consigna para reconocer a los católicos entre los futuros misio-neros que pudiesen llegarles, también podríamos decir que para reagruparnos hoy todos los católicos que deseamos serlo de veras, frente a las olas de falsedad que nos embisten, nuestra primera consigna ha de ser: obediencia sincera, total, de verdadera sumisión, al Papa.

Tienen principalmente dos procedimientos para combatir al Papa: uno podría llamarse el sistema del «espantajo»; el otro, es el «club de alabanzas mutuas», al que se añade la «cofradía del silencio».

El sistema del «espantajo» es muy sencillo. Consiste en inventar un mito, un grupito de nombres a los que con el prestigio publicitario que les tributan, les dan una enorme fuerza, para que respaldados por «el prestigio» o por «la ciencia» o «lo moderno», etc., nadie pueda oponérseles. La táctica que siguen los corruptores de hoy, consiste, pues, en esto: externamente, en las apariencias, dirán que obedecen al Papa, pero en realidad ellos se eligen su propio Papa, su propia autoridad secreta. Está formada ésta por un grupo de mitos, de nombres a los que darán todo el prestigio que pueden: éstos se encargarán de interpretar, según les convenga, las palabras del verdadero Papa, de suerte que con el cuño de su interpretación, queden vaciadas de contenido, ineficaces; o bien pondrán en marcha la cofradía del silencio, para dejar caer en un olvido total aquellas palabras del Papa, que no van según el gusto de este grupito de Papas propios.

Otras veces la técnica del «espantajo» consiste en inventar una acusación contra un Papa, a veces ya fallecido, para que así pueda penetrar más fácilmente en el pueblo; y con ello intentan desprestigiar a todo el Papado. En el siglo pasado hubo ejemplos abundantes de esta táctica del «espantajo», por ejemplo, la que se promovió contra las Encíclicas de León XIII; en este siglo contra San Pío X, cuando publicó su Encíclica *Pascendi*; más recientemente contra Pío XII, contra el cual lanzaron la calumniosa obra teatral llamada «El Vicario», calumnia insidiosa contra la cual se levantó la misma voz de Pablo VI y un buen grupo de católicos, entre los cuales el ilustre escritor francés Alexis Curvers, en la obra *Pie XII, Pape outragé*, que denunciaba esta insidiosa táctica. Hace pocos meses un autor alemán, que prefiero no mencionar, publicó un opusculito en que calumniaba el Índice de libros prohibidos, y de tal modo maltrataba a los Papas que lo habían mantenido como instrumento de su obligación de enseñar la verdad y prevenir el error, que al dirigirse a Pablo VI diciéndole que tenían puestos en él los ojos, quedaba dicho implícitamente que tenía que doblegarse al camino que ellos le señalaban, si no quería caer en las mismas acusaciones que habían dirigido a los anteriores Papas.

Generalmente no atacan directamente al Papa, lo suelen más bien atacar indirectamente, ya fomentando sus propias autoridades

mediante el que hemos llamado «club de alabanzas mutuas», ya mediante lo que hemos denominado «cofradía del silencio». Es curioso que ya en 1907 hace casi sesenta años, San Pío X ya denunció estos procedimientos. Sus palabras textuales fueron éstas: «Por ello no es de maravillar que los modernistas ataquen con extrema malevolencia y rencor a los varones católicos que luchan valerosamente por la Iglesia. No hay ningún género de injuria con que no los hieran; y a cada paso les acusan de ignorancia y de terquedad. Cuando temen la erudición y fuerza de sus adversarios, procuran quitarles eficacia, oponiéndoles la conjuración del silencio. Manera de proceder contra los católicos tanto más odiosa cuanto que al propio tiempo levantan sin ninguna moderación, con perpetuas alabanzas, a todos cuantos con ellos consienten: los libros de éstos, llenos por todas partes de novedades, recíbenlos con gran admiración y aplauso: cuanto con mayor audacia destruye uno lo antiguo, rehusa la tradición y el magisterio eclesiástico, tanto más sabio lo van pregonando. Finalmente, ¡cosa que pone horror a todos los buenos!, si la Iglesia condena a alguno de ellos, no sólo se aúnan para alabarle en público y por todos los medios, sino que llegan a tributarle casi la veneración de mártir de la verdad. Con todo este estrépito, así de alabanzas como de vituperios, conmovidos y perturbados los entendimientos de los jóvenes, por una parte para no ser tenidos por ignorantes, por otra parte para pasar por sabios, a la par que estimulados interiormente por la curiosidad y la soberbia, acontece con frecuencia que se dan por vencidos y se entregan al modernismo» (San Pío X, *Pascendi*; Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios, Publicaciones de la Junta Nacional de Acción Católica, Madrid, 1962, tomo I; documento núm. 167, en la Encíclica núm. 43, pág. 968-969). Si no fuera porque estas palabras llevan la fecha de 1907, creeríamos que han sido escritas en 1965.

Uno de los puntos contra el magisterio del Papa, en que hoy más se ceba el ataque de los neo-modernistas de nuestros días, es la Congregación del Santo Oficio y el Índice. También mencionó explícitamente este ataque, ya en 1907, el mismo San Pío X, con estas palabras: los modernistas dicen: «Las Congregaciones romanas, deben asimismo reformarse, y principalmente las llamadas del *Santo Oficio* y del *Índice* (*Loc. cit.*, n. 37, pág. 965). Evidentemente puede el Papa cuando juzgue oportuno, estructurar más perfectamente los Ministerios de su gobierno, que no las Congregaciones, y quizá algún día lo haga hasta con la Congregación del Santo Oficio y con este medio de su magisterio que es el Índice. Pero una cosa es que el Papa lo haga y que para ayudarle le demos los informes de todo buen gobierno, y otra cosa muy diversa es echar por el camino de la pública difamación, que lo que hace es debilitar la sumisión u obediencia y despreciar el magisterio del Santo Padre.

Una de las razones que hoy día esgrimen (yo mismo la he oído

de labios de un sacerdote católico, y también la he leído en una revista que se llama de información) es ésta: no puede condenarse a nadie sin oírle antes; pero el Papa, cuando por medio del Santo Oficio pone un libro en el Índice de libros prohibidos, lo hace en secreto; lo cual es, así dicen, una tiranía. Así, esta misma palabra oí: tiranía. Pues bien, lo curioso es que también lo denunciaba así, textualmente, San Pío X, en 1907, con estas palabras textuales: los modernistas dicen: «De igual manera, en el uso mismo de la potestad se ha de guardar moderación y templanza. Condenar y proscribir un libro cualquiera, sin conocimiento del autor, sin admitirle ni explicación ni discusión alguna, es, en verdad, algo que raya en la tiranía» (*Loc. cit.*, n. 24, 955).

Sin embargo, la verdad es ésta: una cosa es condenar a una *persona*, otra cosa muy distinta es prohibir un *libro*; cierto, a una persona no se la puede condenar sin que antes se la escuche para que se defienda; pero para declarar que el *sentido objetivo* de las palabras de un libro (sea cual sea la intención subjetiva de su autor, de la cual no se juzga) es un sentido que ofende la verdad dogmática, o la moral, no se requiere saber de labios del autor cual ha sido su intención subjetiva; por tanto, no sólo no es tiranía prohibir la lectura de tal libro, o poner en guardia a los católicos contra sus errores, o retirarlo del comercio, etc., sino al contrario, esto es labor necesaria del magisterio del Papa, la de señalar a los fieles qué libros son dañosos por lo que entenderán espontáneamente al leerlos, las personas sin prejuicios, es decir, por lo que objetivamente suenan las palabras.

Atacan también la Censura previa: no debería la Iglesia exigir, dicen, que antes de publicarse un libro, haya de obtener la licencia de publicación. Y alegan razones fútiles, como es que el censor podría estar apasionado al dar su dictamen (¡como si esta razón no pudiera alegarse *a priori* contra cualquier autoridad!). Sin embargo, también San Pío X pronunció sobre este ataque (ya antiguo, aunque hoy día va repitiéndose) estas palabras: «Esta institución de *Censores* Nos merece los mayores elogios, y no sólo exhortamos, sino que absolutamente prescribimos, que se extienda a todas las diócesis. En todas las curias episcopales haya, pues, censores de oficio, que reconozcan las cosas que se han de publicar, elíjanse de ambos cleros sean recomendables por su edad, erudición y prudencia, y tales que sigan una vía media y segura en el aprobar y reprobar doctrinas» (*Loc. cit.*, n. 51, pág. 972). Más aún, ordena que conste claramente la palabra *Imprimatur* con el nombre del Censor: (*Loc. cit.*, n. 51, pág. 973), añade San Pío X. Como también dice que nada impide que una obra que por diversas circunstancias salió con el *Imprimatur* en una diócesis, no sea admisible en otras circunstancias o en otras diócesis (*Loc. cit.*, n. 50, p. 972).

Otro de los modos que tienen hoy día de sembrar el confusio-nismo y atacar indirectamente a la Iglesia, consiste en difundir el «slogan» que llaman lucha contra el *triumfalismo*. Con el pretexto

de que hay que evitar todo aspecto de magnificencia, en realidad privan a los hombres de lo que siempre es una gran ayuda: lo que entra por los ojos, lo sensible. Así, en realidad lo que hacen es introducir el *catacumbismo*.

Reducida la Iglesia y su magisterio, como su jurisdicción y actividades, a un ámbito de catacumbas, ya la fe no puede difundirse públicamente en la sociedad; y todo esto con el pretexto de combatir la magnificencia. Dice así San Pío X: «En general, he aquí lo que imponen a la Iglesia: como el fin único de la potestad eclesiástica se refiere sólo a cosas espirituales, se ha de desterrar todo aparato externo y la excesiva magnificencia con que ella se presenta ante quienes la contemplan. En lo que seguramente no se fijan es en que, si la religión pertenece a las almas, no se restringe, sin embargo, sólo a las almas, y que el honor tributado a la autoridad recae en Cristo que la fundó» (*Loc. cit.*, n. 24, págs. 955-956). Añade todavía el Papa estas palabras, que parecen pronunciadas hoy más que hace sesenta años: «Piden que el clero se forme de suerte que presente su antigua humildad y pobreza, pero que en sus ideas y actuaciones se adapte a los postulados del modernismo» (*Loc. cit.*, n. 37, p. 965).

La verdad es ésta: no estaría bastante ordenada una manifestación sensible, si no estuviera ordenada a las verdades espirituales y a los bienes espirituales; pero si está dirigida a ellos, ya como su manifestación natural, ya como medio para producirlos, conservarlos o aumentarlos, entonces esta manifestación sensible, puede estar muy bien ordenada, si se tienen en cuenta también las otras circunstancias. Pero lo que en realidad hacen los *catacumbistas* de hoy, que difunden la mentira bajo capa de combatir el triunfalismo, o con la capa de la pobreza, es quedarse en un mundo en que ellos mismos se avendrán cuidadosamente a todas las comodidades que sean posibles, a que se permitan entre los jóvenes de distinto sexo todas las libertades sin dar a ello ninguna importancia, y no se recatarán de toda clase de manifestaciones triunfales y aparatosas en el deporte, en su vivienda, en los transportes cómodos y lujosos, en la política, en los placeres de la vida: sólo sacan a relucir la «pobreza» y el espantajo del «triunfalismo» cuando se trata de la Fe y de la Iglesia, con lo cual, al estar privadas de los medios con que sensiblemente se manifiesta la vida religiosa, la de la Iglesia, en realidad lo que hacen es ahogarla, haciendo su vida imposible, como pretenden.

Otro de los «slogans» falsos con que hoy día atacan la Iglesia y la verdad, bajo apariencia de buscar un bien, es combatir lo que ellos llaman el «paternalismo». Si la Iglesia cumple con lo que es mandato de Jesucristo, enseñando la verdad que Jesús le ha confiado, corrigiendo los errores contrarios a esta verdad; ordenando los medios apropiados para ello, no lo toleran: sale en seguida el clamor del «paternalismo» contra las personas que enseñan, que corrigen los errores o las malas costumbres.

Por esto precisamente son más peligrosas estas confusiones de nuestro siglo, porque atacan a la Iglesia desde dentro, con apariencia de humildad y con apariencia de sumisión. También San Pío X denunció este hecho con estas palabras: «Continúan ellos por el camino emprendido; lo continúan, aun después de reprendidos y condenados, encubriendo su increíble audacia con la máscara de una aparente humildad. Doblan fingidamente sus cervices, pero con sus hechos y con sus planes prosiguen más atrevidos a lo que emprendieron. Y obran así a ciencia y conciencia, ora porque creen que la autoridad debe ser estimulada y no destruida, ora porque les es necesario continuar en la Iglesia, a fin de cambiar insensiblemente la conciencia colectiva. Pero, al afirmar esto, no caen en la cuenta de que reconocen que disiente de ellos la conciencia colectiva, y que, por lo tanto, no tienen derecho alguno de ir proclamándose intérpretes de la misma» (*Loc. cit.*, n. 26, pág. 957).

Ya en el mismo prólogo de su magna Encíclica había dicho San Pío X: «Ellos traman la ruina de la Iglesia, no desde fuera, sino desde dentro: en nuestros días el peligro está casi en las entrañas mismas de la Iglesia y en sus mismas venas; y el daño producido por tales enemigos es tanto más inevitable cuanto más a fondo conocen a la Iglesia. Añádase que han aplicado la segur, no a las ramas, ni tampoco a débiles renuevos, sino a la raíz misma; esto es, a la fe y a sus fibras más profundas. Mas una vez herida esa raíz de vida inmortal, se empeñan en que circule el virus por todo el árbol y en tales proporciones, que no hay parte alguna de la fe católica donde no pongan su mano, ninguna que no se esfuerce por corromper» (*Loc. cit.*, n. 3, pág. 942).

Lo que hemos de oponer a la malicia de este confusionismo es la virtud más necesaria en nuestros días: la obediencia a la Iglesia. Dejando aparte los textos en que Pablo VI ha encarecido esta virtud en su Encíclica *Ecclesiam suam* (porque de ella hablaremos otro día), también recientemente habló el día 1 de este mes de marzo, dirigiéndose a los párrocos de Roma y a los predicadores cuaresmales, para darles consignas más necesarias hoy día. Dijo así el Sumo Pontífice: «Si alguna vez la obediencia tuvo razón de ser en la vida de la Iglesia y fue puente de salvación y de mérito, esta nos parece que es la hora de descubrir sus motivos profundos y saludables, y de dar de ellos un testimonio libre, varonil, verdaderamente digno de quien quiere ser seguidor de Aquel que se ha hecho *oboediens usque ad mortem* (Phil., 2, 8 [obediente hasta la muerte]). Tened confianza en el gobierno de vuestros Superiores; todavía os repetiremos: *Obedeced a vuestros guías y mostradles sumisión, pues ellos se desvelan por el bien de vuestras almas, como quienes han de dar razón, a fin de que hagan eso con alegría y no gimiendo; porque jesto es lo que a vosotros os trae cuenta!* (Heb., 12, 17). Es decir, estad seguros de que la obediencia, según debe florecer en todos los sectores de la Iglesia de Dios, no será una ostentación superflua o sobrbia de autoridad, no será ilógica,

ni humillante; no será impuesta por una ordenación despótica e irresponsable, o bien, como hoy se va diciendo, constantiniana o feudal; sino que derivará con evidencia cada vez mayor, desde un poder querido y constituido por Dios, bueno y fuerte, para la transmisión de sus enseñanzas y para la edificación de la comunidad eclesial, para el ejercicio tan servicial y complejo de la caridad pastoral, para la liberación de las almas respecto de sus dudas y de sus debilidades, para la elevación de los hijos de Dios a la conciencia de su dignidad y al ejercicio de sus respectivas responsabilidades, para la común santificación de quien obedece, de quien cumple la suavidad y la fortaleza de la conducta católica» (*L'Osservatore Romano*, 2-3 de marzo de 1965).

Este criterio, el de la obediencia hecha por Dios, a la autoridad que ha puesto el mismo Dios, es el que compendia en sí la respuesta a casi todas las confusiones y perversos criterios que se van difundiendo en nuestros días.

Pero, como sabemos, la obediencia no es la mera ejecución ciega de algo si no proviene de la autoridad lo mandado; ni por mera disciplina externa; ni por la sola razón de que es preciso unión para que haya orden en cualquier comunidad o sociedad; ni por el acierto objetivo, que generalmente acompañará a las órdenes dadas. La obediencia como virtud supone someterse por Dios, por este motivo precisamente, a lo que es ordenado por la Autoridad establecida por el mismo Dios.

Por tanto, no sería obediencia mirar la persona del que tiene Autoridad, en cuanto hombre dotado de cualidades, o en cuanto hombre que acierta, o en cuanto hombre que tiene prestigio, etc. Alegar, como hacen muchos, por ejemplo, que en el Concilio, tal miembro conciliar o un grupo de ellos, dijo o propuso tal norma, como si ya esto justificase ante sus ojos que se tome como norma de conducta, contra lo que es la ley vigente, no es mirar la Autoridad en cuanto viene de Dios, sino mirar el prestigio o acierto o mérito de un hombre; un padre conciliar no es el Concilio; un grupo de ellos no son el Concilio; las razones alegadas no son normas aprobadas por el Concilio; más aún, las normas que aprobase una mayoría de Obispos reunidos en Concilio convocado por el Papa, hasta que éste no las hubiese sancionado, no serían decisión de la Autoridad del Concilio.

Sin embargo, es sumamente curioso lo que vemos sin cesar; mientras Pío XII se quejaba en su Encíclica *Humani Generis*, de 1950, de que hay quienes no hacen caso de las positivas enseñanzas y ordenaciones del Magisterio y Autoridad de la Iglesia, bajo pretexto de que no es infalible sino cuando define verdades de Fe, en cambio cazan al vuelo cualquier gesto de una parte del Concilio, que cuadre con su propio modo de pensar o querer y lo levantan como bandera conciliar, cuando en realidad en este caso se trata de algo que no sólo no es de fe, pero ni siquiera es decisión del Concilio, y por tanto, ni sería obediencia valerse de ello contra

otras normas que están ordenadas, mientras no hayan sido suprimidas o cambiadas. Por lo cual se ve que en realidad frecuentemente ciertos grupos de nuestros católicos no se obedecen más que a sí mismos, a sus propios gustos y mentalidades, aunque como pretexto esgriman lo que ha dicho un padre conciliar, o un grupo de ellos, o algunos teólogos de los que los aconsejan.

III. *La virginidad.*

La segunda señal con que los cristianos japoneses identificaron a los misioneros de la Iglesia católica fue la virginidad de sus sacerdotes.

Es curioso cómo tiene todavía hoy plena vigencia esta señal. De hecho también la mencionó San Pío X entre los puntos que ya a principios de siglo eran atacados por el modernismo. Sus palabras fueron éstas: «Hay, por fin, algunos que, ateniéndose de buen grado a sus maestros protestantes, desean que se suprima en el sacerdocio el celibato sagrado. ¿Qué queda, pues, intacto en la Iglesia, que no deba ser reformado por ellos y conforme a sus opiniones?» (S. Pío X, *Pascendi*, loc. cit., n. 37, pág. 965).

Cuando en 1950 se tuvo en Roma el Congreso Internacional de religiosos, fue Pío XII, a cuarenta años de distancia, quien largamente habló de los embates que dirigían entonces contra el voto de virginidad, especialmente en las jóvenes que tenían vocación religiosa. Por ello despreciaban la vocación religiosa, poniendo encima de la virginidad de la joven que se consagra al amor de Dios, el matrimonio. Poco antes había publicado el mismo Pío XII la Encíclica *Sacra Virginitas*, el 25 de marzo de 1954, en la cual, hablando de los errores de nuestros días que corren sobre la virginidad, dijo: «Recientemente hemos condenado, con tristeza de Nuestra alma, la opinión de los que llegan a defender que el matrimonio es el único medio de asegurar a la persona humana su incremento natural y su debida perfección [alude a la alocución a las Superiores Generales de las Ordenes e Institutos religiosos, del 15 de septiembre de 1952, véase en AAS 44 (1952) 824]: afirman que la gracia divina, conferida por el sacramento del matrimonio *ex opere operato*, hace tan santo el uso del matrimonio que lo convierte en instrumento más eficaz aún que la misma virginidad para unir las almas con Dios. Doctrina ésta, que hemos denunciado como *falsa y muy peligrosa*. Verdad es que este sacramento concede a los esposos la gracia divina para cumplir santamente sus deberes conyugales, y que afianza los lazos del amor que recíprocamente les unen; pero no fue instituido para convertir el uso del matrimonio en medio, de suyo el más apto, para unir con Dios el alma de los esposos por el vínculo de la caridad» (Pío XII, *Sacra Virginitas*, en la obra citada, n. 17, pág. 1655-1656).

Lo curioso es que los que más suelen levantar la voz arrogán-

dose como cierta patente de profetas del futuro y del progreso, mientras por un lado se valen del matrimonio como sacramento para posponer la virginidad, diciendo que él primero es de suyo más perfecto y más apto para llevar a la perfección, de repente vuelven la hoja, se olvidan de sus elogios de la santidad y perfección heroica, para declarar entonces que es lícito en el matrimonio un amplio uso de anovulatorios y hasta de otros medios, por la razón de que sin ellos se haría imposible la práctica de la virtud, pues sería heroica. ¿En qué quedamos? ¿No decíais que éste era el modo de conseguir de suyo el mayor grado de virtud, la santidad heroica? Recordemos la todavía reciente decisión del Sumo Pontífice Pablo VI, encargando que nada se altere en la doctrina que sobre esta materia ha dado siempre la Iglesia, hasta que ya El mismo, ya el Concilio, den la oportuna declaración.

IV. *La devoción a la Santísima Virgen.*

La tercera señal — en realidad fue la primera — con que reconocieron los católicos descendientes de mártires japoneses, a los misioneros que pertenecían a la Iglesia Católica que les predicó San Francisco Javier, fue, como ya dijimos, la devoción a la Santísima Virgen.

También hoy día puede ser esta señal, una de las requeridas para rastrear que uno no anda a las derechas con Dios; señal para que examinemos cuidadosamente sus doctrinas, a fin de no aceptar sino aquellas que hayamos comprobado que son conformes con el magisterio de la Iglesia.

El 15 de septiembre de 1951 el Sumo Pontífice Pío XII nos habló del rezo del Rosario en familia. En este documento el Sumo Pontífice nos decía, entre otras cosas, estas palabras: «Es Nuestro deseo especial que sea en el seno de las familias donde la práctica del santo Rosario, poco a poco y doquier, vuelva a florecer, se observe religiosamente y cada día alcance mayor desarrollo. Pues vano será, ciertamente, empeñarse en buscar remedios a la continua decadencia de la vida pública, si la sociedad doméstica — principio y fundamento de toda la humana sociedad — no se ajusta diligentemente a la norma del Evangelio. Nos afirmamos que el rezo del santo Rosario en familia es un medio muy apto para conseguir un fin tan árduo» (Pío XII, *Ingruentium malorum*, en la obra citada, n. 5, pág. 1644-1645). Y añadía que el rezo del Rosario «llegará a ser la más eficaz escuela de la vida y de las virtudes cristianas» (*Loc. cit.*, pág. 1645).

También Juan XXIII habló varias veces del rezo del santo Rosario. Habló el 26 de septiembre de 1959, recordando la cantidad de Encíclicas que León XIII dirigió al mundo católico para exhortar a los fieles a la práctica del santo Rosario. Pero sobre todo fue en su exhortación apostólica de Castelgandolfo el 29 de septiembre

de 1961 cuando Juan XXIII habló más maravillosamente del rezo del santo Rosario. Es muy interesante observar que Juan XXIII en esta exhortación da normas para superar la monotonía de la simple recitación, convirtiéndola mediante la contemplación, la reflexión íntima y la intención piadosa, en «bandera augural de paz en los corazones y de paz para todas las gentes humanas» (Juan XXIII, *Il religioso*, en la obra citada, n. 9 (10), pág. 2434-2435).

¿Cómo se explica que siendo uno mismo el Papa que nos ha dado con la Encíclica *Pacem in terris* unas normas tan apreciadas para la paz de todas las gentes, y con la exhortación al rezo del Rosario, una forma útil de oración «por la salud y la paz de todas las gentes» (*Loc. cit.*, pág. 2435), sin embargo, haya católicos que de Juan XXIII sólo citen y enaltecen el primer documento (por cierto, como si ellos solos tuviesen la patente exclusiva de interpretación) mientras que nunca o casi nunca citarán otros documentos del mismo Papa, como son la apremiante exhortación al rezo del santo Rosario, o a la devoción al Corazón de Jesús? ¿No es el mismo Papa, la misma Autoridad de representante de Jesucristo en ambos casos?

Hablando de la Santísima Virgen nos viene espontáneamente el recuerdo de la reciente proclamación de María como «Mater Ecclesiae», «María, Madre de la Iglesia», que ha pronunciado el Concilio Vaticano II, y la maravillosa alocución de Pablo VI refrendando y subrayando este título al terminar la sesión Conciliar; más aún, al poner en María como «Mater unitatis», la esperanza de la unión con los hermanos separados.

Pero estos hechos y otros relacionados con lo mismo, son tan recientes y conocidos por todos, que nos basta con haber hecho mención de ellos y esta vaga alusión a lo que todos sabemos.

V. *Espiritualidad, vida interior.*

Con frecuencia los Sumos Pontífices han hablado de la necesidad de insistir en la vida interior, en la vida sobrenatural. Especialmente desde que León XIII, el 22 de enero de 1899, rechazó el llamado «americanismo», que en realidad podría también ser llamado «naturalismo».

¿En qué consistía este naturalismo, para definirlo en pocas palabras? En vez de tomar lo natural como medio para un fin, que es lo sobrenatural, el naturalismo procede en ciertos casos de tal manera, que parece tomar lo natural como fin; y hasta cuando lo toma como medio, no lo pospone a lo sobrenatural, sino que lo antepone.

Dice así León XIII: «Sin dudar, en sumo grado para cultivar las virtudes es enteramente precisa la ayuda del Espíritu Santo: pero los que quieren seguir estas corrientes nuevas, ensalzan sobre-

manera las *virtudes naturales*, como si éstas respondiesen con más aptitud a las costumbres de la época presente y a sus necesidades, y conviniese estar adornado de ellas porque hacen al hombre más preparado a la acción y más esforzado. Es en verdad difícil de entender que los que están poseídos de la sabiduría cristiana, puedan anteponer las virtudes naturales a las sobrenaturales, y atribuirles mayor eficacia y fecundidad...» (Denz. 1971).

Prosigue León XIII notando que además de esto, hasta cuando hablan de virtudes específicamente cristianas, las dividen en dos grupos, las que llaman pasivas y las que llaman activas; y añade León XIII: «De este como cierto desprecio de las virtudes evangélicas que equivocadamente son llamadas pasivas, era obvio se siguiese también que el desprecio de la vida religiosa se apoderase poco a poco de los espíritus. Y que esto es común a los seguidores de estas nuevas opiniones lo conjeturamos por ciertas opiniones de ellos acerca de los votos que pronuncian las órdenes religiosas. Pues dicen que [estos votos] se apartan mucho del carácter de nuestra época, puesto que estrechan los límites de la libertad humana; y que son más aptos para los espíritus débiles que para los fuertes; y que no son tan eficaces para la perfección cristiana y para el bien de la sociedad humana, sino que más bien a ambos se oponen y dañan. Ahora bien, cuán fácilmente se ve con cuánta falsedad se dice todo esto, se ve por la práctica y por la doctrina de la Iglesia, para quien la manera de vivir propia de los religiosos, en sumo grado siempre ha sido aprobada por ella» (Denz. 1973).

Desde este toque de alarma de León XIII en los últimos años del siglo pasado hasta hoy, sesenta años después, sigue una cadena ininterrumpida de documentos de Sumos Pontífices, en los cuales nos ponen en guardia contra el «naturalismo» y nos exhortan a tener en sumo aprecio lo sobrenatural, que Dios nos ha concedido por la gracia, que rescatada por Jesucristo, nos ordena intrínsecamente al bien inefable de la misma posesión intuitiva de Dios.

Ante todo San Pío X, que en 1907 escribía sobre los modernistas, ya decía: «En la parte moral, hacen suya aquella sentencia de los americanistas: que las virtudes activas han de ser antepuestas a las pasivas, y que deben practicarse aquéllas con preferencia a éstas» (San Pío X, *Pascendi*, en la obra citada, n. 37, pág. 964).

Concuerta con esta mentalidad naturalista hasta el modo con que los promotores de esta corriente escriben sobre historia de la Iglesia: «Escriben historia — prosigue diciendo San Pío X — donde, bajo pretexto de aclarar la verdad, sacan a luz con suma diligencia y con cierta manifiesta fruición todo cuanto parece arrojar alguna mácula sobre la Iglesia. Movidos por cierto apriorismo, usan todos los medios para destruir las sagradas tradiciones populares; desprecian las sagradas reliquias celebradas por su antigüedad. En resumen, arrástralos el vano deseo de que el mundo hable de ellos, lo cual piensan no lograr si dicen solamente las cosas que siempre y por todos, se dijeron» (San Pío X, *Pascendi*, loc. cit., pág. 969).

También estas palabras, escritas hace sesenta años, parecen escritas hoy. Por esto no es de maravillar que los Pontífices posteriores, como Pío XI y Pío XII, lo mismo que Juan XXIII y Pablo VI, hayan insistido en la necesidad de la santidad y del cuidado de lo interior, en medio de un mundo materializado y ciego.

Para resumirlo en una palabra podría decirse que hoy día se difunde en estos ambientes la lucha contra lo que llaman *divinismo*; pero en realidad no es más que la eterna lucha contra lo sobrenatural que nos comunica la Revelación divina: en realidad de verdad están ahogados en un *naturalismo*.

VI. *Conclusión.*

Si uno vuelve los ojos atrás para examinar la serie ininterrumpida de enseñanzas que nos ha dado el Magisterio de la Iglesia, por ejemplo, durante los últimos sesenta años, no se necesita ser un lince, sino basta la agudeza ordinaria, para advertir en seguida que los errores que hoy día se están difundiendo de un modo especialmente destructor (en gran parte por la ignorancia religiosa, filosófica y teológica de muchos católicos) no son errores nacidos incidentalmente en un momento dado, y que en un momento hayan de desaparecer; se trata de toda una actitud, de una conjura astuta y tenaz, que dirige una corriente de engañados contra la Iglesia de Jesucristo, para destruirla desde dentro, ya que no habían podido destruirla desde fuera.

Cierto, contra la Iglesia de Jesucristo no podrán, porque fue el mismo Dios quien prometió su asistencia hasta el fin de los siglos; fue Jesucristo quien la edificó sobre la roca inconvencible de Pedro: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las fuerzas del infierno no podrán contra ella» (Mt., 16, 18).

De hecho, observemos la historia de XX siglos: en medio de los mayores embates, en circunstancias que a veces eran aparentemente invencibles (como pasó con el arrianismo), sin embargo, mientras las herejías y cismas iban cortando sarmientos a lo largo de la historia, que poco a poco iban secándose, como planta sin vida, sin embargo siempre aquella porción que permanecía unida al Vicario de Jesucristo, el Obispo de Roma, siempre permanecía como sarmiento unido al principio vital, a la vid: con sus santos heroicos y admirables; con las señales inconfundibles del dedo de Dios, el milagro; con su pretensión inalterada de haber conservado y querer conservar la misma verdad que recibió, que nunca podrá supeditarse a eventuales conveniencias; con la unidad maravillosa de fe de todos sus hijos; con su catolicidad que la hace en todo el mundo testimonio del camino que Dios ofrece para llegar a la salvación cualquiera que tenga la voluntad de salvarse.

Lo que nos duele, aquí como siempre, es que haya tantos engañados, tantos que arrastrados por el remolino del confusionismo

vivirán una vida cristiana lánguida y alejada de Dios, aunque a veces con extravagancias y modas pasajeras, quieran remedar el hálito divino.

Pero nos consuela pensar que de nuestra parte lo que El nos pide no es sino que pongamos nuestra cooperación, la que está en nuestras manos, dejándole el cuidado de ser Divina Providencia. El mismo fue quien dijo, al pequeño grupo de seguidores que le escuchaba: «No temas, rebañito pequeño, porque plugo a vuestro Padre daros el reino» (Luc., 12, 32). Y es palabra de Dios. Palabra que no puede faltar.

JUAN ROIG GIRONELLA, S. I.

San Cugat del Vallés (Barcelona).